



AÑO IV

← BARCELONA 25 DE MAYO DE 1885 →

NÚM. 178



LA PARTIDA DEL MARINERO, cuadro por M. Brun (Salon de 1885.—Paris)

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



FLAMENCA, escultura por J. Carcassó



GRUPO ESCULTÓRICO, por R. Nobas, inspirado en el poema L'ATLÀNTIDA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL AMOR QUE ASESINA, por don Manuel Fernandez y Gonzalez (continuación).—EL PERRO DE LANAS, por don Juan Martínez.—LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS (II), por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: LA PARTIDA DEL MARINERO, cuadro por M. Brun, (Salon de 1885.—Paris).—FLAMENCA, escultura por J. Carcassó.—LO VELL SEMBLAVA 'L GENI DEL ATLANTICH,—MES SON GENTIL OYENT ERA COLON, grupo escultórico por R. Nobas.—¡ALLÀ VÁ! acuarela por A. Fabrés.—CAMPESINA NAPOLITANA, pintura al óleo por L. Roca.—LA LECTURA DEL POETA, cuadro por E. Rasch.—REY DE ARMAS, copia de una acuarela por F. Pradilla, grabada por M. Weber.—UN COUP D'ŒIL, pintura al óleo por R. Ribera.—UN CAMINO ABANDONADO, pintura al óleo por A. Ribas.—¿SALDRÁ? pintura al óleo por F. Galofre Oller.—AMATEUR, pintura al óleo por J. Ferrer Miró.—D'ORDRE DEL SENYOR ALCALDE, pintura al óleo por J. L. Pellicer.—PAISAJE, pintura al óleo por T. Sans.—EN EL DESCANSO, acuarela por L. Obon.

NUESTROS GRABADOS

LA PARTIDA DEL MARINERO, cuadro por M. Brun.—(Salon de 1885.—Paris)

Siempre las despedidas entre personas que bien se quieren van acompañadas de tristes manifestaciones. La ausencia viene a ser para las almas enamoradas una especie de noche durante la cual surgen toda suerte de fantasmas, ninguno de ellos anunciador de dichas.

Pero cuando la despedida tiene lugar entre el marinero y su esposa, la manifestacion del dolor es más acentuada por lo mismo que es más notorio el peligro que amenaza al ausente. El mar es un monstruo insaciable que frecuentemente reclama a sus víctimas, y la esposa del marino, cuando en el silencio de la noche oye el rumor de las olas que se estrellan en las vecinas rocas, cree percibir distintamente los gritos desesperados del náufrago al hundirse en el abismo. ¡Hay en el pueblo tantas viudas de marineros!

El cuadro de Brun expresa de una manera gráfica el asunto que el artista ha tratado. Su composición es sobria y por ello resulta más conmovedora. Ninguna figura extraña distrae al espectador del único grupo que contiene la tela: el dolor mudo, profundo, resignado de los protagonistas resalta sin estorbos y se comunica fácilmente al público. El lugar de la escena está bien estudiado: ese hogar ha de ser muy triste en cuanto el marinero haya partido de él...

Brun es un pintor que se ha hecho notable como intérprete de tipos de mar; pero hasta la reciente exposicion del cuadro que hoy publicamos, no habian sido apreciadas debidamente las grandes condiciones de ese artista.

LA LECTURA DEL POETA, cuadro por E. Rasch

Ese cielo es el cielo de Italia; ese jardin pertenece sin duda a una de las villas características florentinas ó napolitanas; esa agua tranquila que discurre por el fondo del cuadro, sin producir rumores, puede ser la corriente del Arno al bañar la artística ciudad inmortalizada por el autor de la Divina Comedia.

Un jóven, el autor probablemente del libro que recita, tiene por auditorio a tres damas, interesadas de diversa manera en la lectura y tal vez en el lector. En una de

ellas la impresion es profunda; la poesía ó el poeta han hecho una conquista; la imaginacion de la dama vaga ya por esos espacios misteriosos á donde nos arrebató el genio y desde los cuales es bien triste descender á este prosaico mundo.

Este cuadro pudiera ser histórico. Se nos figura que su autor ha querido representar al gran poeta Alfieri, leyendo sus preciosas tragedias á la condesa de Albany, que habia de sentir por el poeta una pasion tan intensa como culpable. Si este es, realmente, el asunto, el autor lo ha tratado con delicadeza y la obra tiene color local y verdad de expresion.

EXPOSICION del CENTRO de ACUARELISTAS en el Museo Martorell

De algunos años á esta parte, reivindica noblemente la nacion española los fueros artísticos de la patria de Velazquez y de Murillo, de Ribera y de Zurbarán. Buen número de inspirados pintores han conquistado en buena lid la fama de que gozan en el mundo artístico, y en certámenes nacionales y extranjeros han obtenido valiosos premios, victorias menos caras, aunque no menos honrosas, que aquellas en que la suerte de las armas decide de los pueblos, á expensas de las madres y de las viudas y de las huérfanas de vencedores y vencidos. En el mundo sideral del arte moderno hay estrellas españolas de gran magnitud, verdaderos soles que se llaman Fortuny y Pradilla, Villegas y Madrazo... ¡Bien hayan los artistas que de tal suerte honran á su patria!

Y como el arte no puede encerrarse en los estrechos límites del taller donde produce sus obras, y su ejercicio tiene algo de sacerdocio y ha de trascender é influir en el progreso general de la humanidad por medio del ejemplo; de aquí la organizacion de exposiciones, más ó menos importantes, pero siempre lo suficiente para dar una prueba del valor propio y contribuir á la formacion del buen gusto público. Cataluña, que no siempre es bien juzgada, ha demostrado en distintas ocasiones cuán paralelamente marchaba á los países más adelantados en la carrera del arte; la semilla de Fortuny ha germinado; la herencia de su gloria no ha sido abandonada ciertamente. Galofre y Pellicer, Serra, Ribera, Tusquets, Más, Llovera, Marqués, Vaireda, y otros pintores de recomendable mérito, forman el núcleo artístico de la patria catalana y una vez más escriben sus obras principalmente en el difícil género de la acuarela.

Al llamamiento de los artistas catalanes han acudido insignes compañeros de otras provincias, y merced al general concurso, la exposicion del Museo Martorell es muy digna de ser visitada, pues encierra ejemplares de primera fuerza. Los organizadores han tenido la feliz idea de publicar un catálogo ilustrado y nuestro periódico les ha merecido las primicias de esas bellas ilustraciones que ayudan á retener perfectamente la idea de la obra expuesta. Figura entre ellas un Rey de Armas por Pradilla, acuarela de un valor tan poco comun, que hubimos de confiar su grabado á un artista como Weber. El resultado pueden apreciarlo nuestros favorecedores en el presente número: es una de las páginas más brillantes de la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

Una tarde, ya al oscurecer, cuando estaban á punto de concluirse las vísperas, despues de lo cual se cerraba la iglesia, don Pedro sintió de improviso como un súbito consuelo, como un placer, como una felicidad nunca por él gozada.

En medio del canto gangoso de las monjas habia sonado una voz de ángel, que deleitó á don Pedro y le glorificó.

Pero aquella voz sonaba más cercana que la de las monjas.

Parecia que aquel ángel estaba fuera del coro.

Sin duda era una jóven devota que cantaba las vísperas como si fuese monja.

Acaso era una prometida del Señor.

IX

Don Pedro se volvió hácia el lugar en que aquella dulcísima voz sonaba.

Oscurecia ya; la última luz de la tarde apenas si esclarecía las altas vidrieras; en la parte baja del templo todo era sombra; las capillas aparecian tenebrosas y sólo en el altar mayor la lámpara del Santísimo, y otra lámpara que ardía perpetuamente en el coro, delante de una imagen de la Purísima, difundian en un reducido espacio turbios y apagados resplandores.

Sobre la escasa claridad que se veía en lo interior del coro, se recortaban las sombras de dos mujeres, que estaban sentadas en una banqueta delante de la reja.

La una, por lo esbelta y gentil, parecia dama.

Esta era la que cantaba.

Este era el ángel.

La otra, por su pesadez, por su corte, por un no sé qué característico, indudable, era una dueña.

Este era el demonio.

X

Don Pedro, encantado por aquella voz hechicera, vuelto hácia la dama que la producía, admirando el bello contorno de su sombra, se hizo en su imaginacion un tal conjunto de perfecciones, que con ellas bastaba y aún sobraba para representarse una hermosura sobrenatural, y de tal manera que, el no poder averiguar si esto era cierto, causaba al ya enamorado don Pedro un tormento insufrible.

Se acabaron las vísperas, sonaron las llaves del sacristan como avisando á los fieles, que en la iglesia habia, que ya era hora de que se fuesen, y don Pedro, por ver si algo de la belleza de la dama podia sacar de entre la sombra, cuando á él ella se acercase, junto á la pila del agua bendita fué á ponerse, á la cual sin duda alguna habia de llegar la dama.

Llegó en efecto, ofreciéndola él agua bendita, la tomó ella, le dió modestamente las gracias con una voz dulce y armoniosa, aunque por respeto al lugar contenida, y pasó sin que la menor parte de su semblante pudiera ser vista

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



¡ALLÁ VA! acuarela por A. Fabrés



CAMPESINA NAPOLITANA, pintura al óleo por L. Roca

por don Pedro; tal iba de rebozada en un manto; pero la mano con que tomó el agua bendita parecióle, á pesar de lo oscuro, á don Pedro, de luciente alabastro y preciosa por lo delicada y pequeña.

XI

Salieron de la iglesia ambas, y tras ellas, aunque á una cortés distancia y discretamente disimulando, se fué don Pedro.

No había cerrado la noche, y á la vaga luz del crepúsculo pudo cerciorarse el galán de que la dama era alta, gallarda y gentil, aunque robusta, y por la majestad de su paso conoció harto claro que no sólo era dama y muy dama, sino principalísima, lo que parecia confirmarse con que la dueña no osaba ir al paso suyo, sino un tanto retrasada.

Atravesó la tapada la plazuela del duque de Frias, torció por la calle de San Francisco, se metió por otra que, cruzando la de Santa María del Arco, iba á encontrar más allá la de San Márcos y finalizaba en un callejon sin salida.

Esta calle perdió el nombre que entonces tenia para tomar el de la del Soldado á consecuencia de la tristísima historia que estamos relatando.

XII

Antes de que la dama y su dueña cruzasen la calle de San Márcos para continuar por el callejon sin salida, revolviendo por una esquina salieron algunos hombres trabados en riña y con tal fragor de cuchilladas y escándalo de voces irritadas y blasfemias que espantadas el ama y su dueña, sin miramiento á nada, alzándose las faldas dieron á correr, desandando el camino que llevaban hácia la calle de Santa María del Arco, llegadas á la cual, sin reparar en que se separaban, la dama tomó por la izquierda hácia la calle de San Anton y la dueña por la derecha hácia la calle de Santa Bárbara la vieja.

En estos mismos instantes ya los de la riña habian matado á uno, los compañeros del homicida se habian dado á correr, los del muerto los seguian gritando: «¡Aquí de la justicia de Dios y del rey, que estos malhechores han matado un hombre!» y los unos tras los otros, espada en mano, pasaron como torbellinos junto á la dama fugitiva á punto que ésta llegaba á la calle de San Anton, y como ella viese tan cerca de sí á aquella gente desalmada y feroz, sobrecogiése, le acometió un desmayo y cayó redonda al suelo.

Pasaron los de la riña, allá se fueron la calle de San Anton adelante, y don Pedro, que al ver huir á la dama que junto á él pasó corriendo, tras ella se habia ido, á ella llegó á tiempo que caía por tierra desmayada.

Cogióla en sus brazos don Pedro, echándosela sobre el hombro, que aunque la dama pesaba él era recio y forzado, y apretando el paso por temor de que á las voces acudiese gente y le hallasen con una mujer cargado, y cerca del lugar donde habia quedado un muerto y los prendiesen y ella perdiese su opinion y él su libertad hasta que se averiguase la verdad del caso, como á la sazón no pasase nadie por la calle, que en aquellos tiempos y en llegando la noche la de San Anton era poco concurrida, á la mezquina puerta de una casucha de las que se llamaban á la malicia, porque para excusar la carga de

aposeno ó alojamiento eran de un solo piso, llamó, y abriéndole una pobre mujer que allí vivia, le pidió le diese entrada para socorrer á aquella dama que en los brazos tenia desmayada, y ofreciéndola una buena recompensa, por lo que la vieja los acogió y se cerró la puerta, evitándose los encontrasen algunos alguaciles que al tumulto de la riña habian acudido.

XIII

A la escasa luz de un candel que alumbraba la miserable habitacion de aquella mujer, que por un torno que á un lado estaba debia ser hilandera, don Pedro, descompuesto el manto de la dama, pudo verla el semblante.

Entonces conoció que por grande que él se hubiese figurado la hermosura de la dama la hermosura de la realidad que en ella se manifestaba iba más allá de toda figuracion posible.

Parecia contar apenas quince años la desmayada, y ya en ella las gracias de la adolescencia se habian convertido en encantos de mujer, y tales, que todo encarecimiento seria poco para realzarlos, porque más que mujer era un viviente y animado paraíso de delicias, que con la palidez y el espanto y el dolor del desmayo aparecia más hermoso.

Tenia los cabellos negrísimos y ensortijados; la tez suave, trasparente y pura como el nácar; serena la frente y dulce, manifestando la bondad del alma; anchas, sedosas y dulcemente arqueadas las cejas; largas, curvas y espesas las negrísimas pestañas que, entreabiertas, dejaban ver como fuego en los ojos á los que aunque en el desmayo se asomaba un alma ardiente y á la par casta; pequeña la nariz y preciosa, y la boca de amores, fresca, purpúrea, entreabierta y suspirante.

Y la mórbida garganta, y el relevado seno, y los hombros redondos, y las manos ebúrneas y delicadas.

Don Pedro agonizaba. Conocia que hasta entonces no habia sabido lo que era la vida, porque el que no ha amado no ha vivido, ni ha podido comprender que no hay vida que muerte no sea, ó por lo ménos inferno, sin el amor.

XIV

Aumentáronse las congojas cuando oyó que aquella mujer, que procuraba volviese de su desmayo la hermosa doncella, exclamó, apenas la vió el semblante:

—¡Dios me valga! ¿pues no es esta la hija de la señora doña María de Castilla y del señor maestro de Campo don Juan de Gontili?

—¿Hija de don Juan de Gontili, el que ha dos años murió en la batalla por el rey en el Milanésado, es esta señora?—exclamó don Pedro.

—¿Pues qué, vos que aquí la habeis traído, no la conocéis?—observó la mujer mirando con un receloso cuidado á don Pedro.

—Cerca de vuestra casa encontrémela desmayada,—repuso éste—y á fuer de hidalgo recogíla y llamé á la puerta que encontré más cerca para que la socorriesen.

—Pues vos no sabeis—dijo la vieja—en qué ocasion, por vuestra buena voluntad socorriéndola, os habeis puesto; pues que segun la mirais asombrado, hasta ahora no la habeis visto, y bien se conoce en vuestro afan que de ella os habeis prendado hasta las entrañas, que es lo mismo que si hubierais dado en un imposible de dichas y un inferno de penas.

—Y ¿por qué ha de ser para mí un imposible esta señora?—preguntó, con la voz altiva aunque trémula por su ansiedad, don Pedro, mientras la vieja, procurando hacerla volver en sí, ponía un trapo empapado en vinagre en las narices á doña María de la Almudena, que así se llamaba la desmayada.

—Porque para Dios está destinada,—respondió la vieja,—y no pasando mucho tiempo ha de tomar el velo de novicia en las Mercenarias de Góngora.

—Si me dierais un arcabuzazo en el corazon, ménos mal me hicierais que el que con esa noticia me habeis causado.

—El hombre propone y Dios dispone,—dijo aquella bruja, sonriendo como un demonio tentador y mirando maliciosamente á don Pedro,—y pues que Dios os la ha entregado desmayada, bien pudiera suponerse que esposa suya y encerrada en un convento no la quiere, sino en el mundo y esposa vuestra.

Y mientras esto decia aquella mala mujer encarnizaba su mirada en una larga cadena de alquimia, que don Pedro no podia usarlas ya de oro, pero que por nueva de finísimo oro parecia, y como iba muy galán con sus preseas de soldado por rico le tenia, y por enamorado capaz de cualquiera recompensa que pudiera consolarla de su miseria.

—¡Mala landre me coja, y en un muladar me arrojen, y en él comido de cuervos muera,—dijo don Pedro,—si yo tengo, para esta que ya puedo llamar alma mia, pensamiento que honesto no sea, ni más voluntad que morir sirviéndola: y porque parece que ya vuelve en sí, no hablemos de lo que pudiera sobresaltar su virtud; y á la calle salios, y ved lo que pasa, y si encontrais á su dueña, y si con seguridad á su casa puede tornar cuando salga de su letargo.

Miró rehacia la vieja á don Pedro, pero con dos escudos que éste le dió (y eran ellos más de la mitad de su hacienda) contentóse y persignándose con las monedas salió á la calle y cerró la puerta, no como quiera, sino con llave.

XV

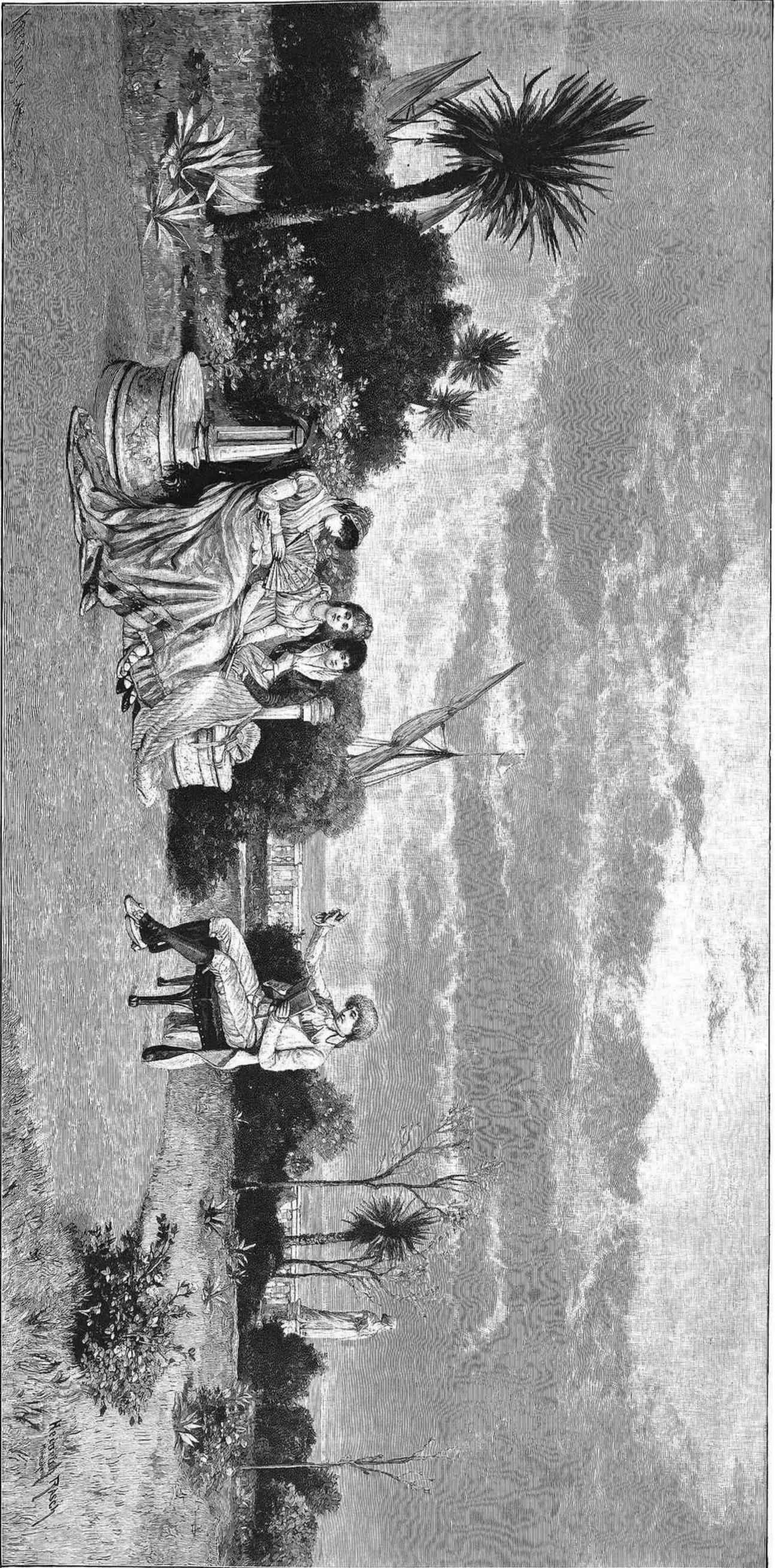
Solo estaba con aquella maravilla de hermosura y de pureza don Pedro, apenas si de su congoja iba ella volviendo, nada habia en fin que impidiese que en los brazos del amor acabase ella de despertar de su desmayo, y sin embargo, nada sentia don Pedro más que una adoracion castísima y un éxtasis delicioso sobre todas las delicias, como si de ella hubiese emanado un tal efluvio de castidad que todo lo que en derredor suyo estuviese lo purificase.

La sostenia una mala silla, y don Pedro, arrodillado á sus piés y teniéndola asidas las manos, la contemplaba ansioso por ver cómo, abiertos, en fin, sus ojos le mirarian; si se mostraria airada ó agradecida, viéndose aunque en aquel lugar á solas y encerrada con él, en salvo y libre del terror de perder la vida.

Lanzó un dulce y profundo suspiro doña María, abrió lánguidamente los ojos, que eran negros y lucientes, miró con asombro á don Pedro, retiró de las suyas sus manos y exclamó con cansancio, y como quien no está aún bien despierto de un sueño:

—¡Oh Dios mio! ¿qué lugar es este? ¿por qué estoy aquí? ¿quién sois vos?

Y no habia cólera en la mirada de doña María, fija en don Pedro, sino un plácido asombro.



LA LECTURA DEL POETA, cuadro por E. Rasch

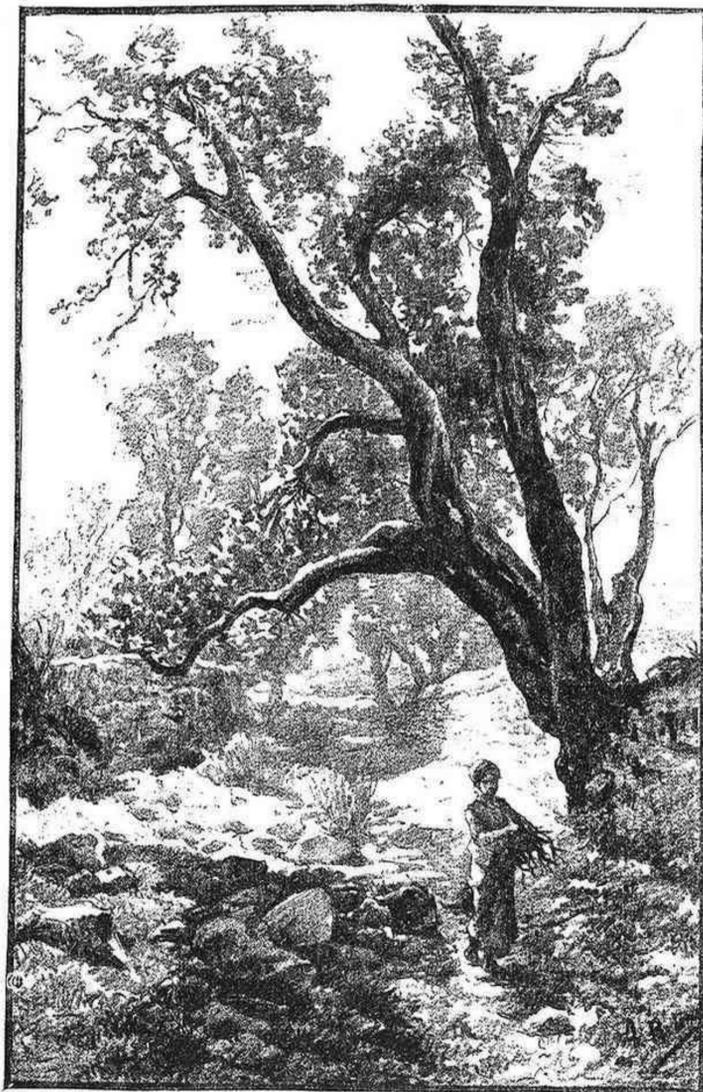


REY DE ARMAS, copia de una acuarela por F. Pradilla, grabada por M. Weber

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



UN COUP D'ŒIL, pintura al óleo por R. Ribera



UN CAMINO ABANDONADO, pintura al óleo por A. Ribas

Veía el alma de don Pedro, que, en encendidas llamas de amor, se le salía por los ojos y en la suya se entraba por los suyos, como quien hallando las puertas abiertas en una casa se entra y toma posesion de ella.

Estremeciéndose doña María y sintiendo el dolor de la quemadura imprevista y hasta entónces por ella no sentida del amor, de pié se puso, ya tan segura como si no acabase de volver de un desmayo y se quedó atónita mirando á don Pedro que, habiéndose alzado tambien, frente á ella estaba y como ella tan absorto y turbado.

—En la calle os encontré desmayada y sola, señora,—dijo don Pedro temblándole la voz y con los avarientos ojos cada vez más abrasados en la hermosura de doña María que por pudor bajaba los suyos y por ansia volvía á alzarlos lucientes para otra vez bajarlos—y aquí os traje para que os socorriesen; y nada temais, que caballero soy y de los buenos, aunque pobre, y todo vuestro y capaz de morir á vuestros piés ántes que causaros ni una sombra de sentimiento.

—De gente airada y sanguinaria me espanté y desmayéme,—repuso doña María,—y en mucho os agradezco el que me hayais socorrido, y la buena voluntad con que os ofrecéis á mi servicio, pero decidme, que de angustia muero hasta que libre en mi casa y al amparo de mi madre me vea: ¿qué ha sido de mi dueña?

—De vos separóse espantada por la riña y tomó por otra parte,—dijo don Pedro.

—De los de la riña no erais vos,—observó ella con una ansiedad modesta y acariciando sin pensarlo con su dulce y encendida mirada á don Pedro,—que yo me acuerdo de que en la iglesia me disteis agua bendita.

—Avariento por veros el hermoso semblante tras vos iba, señora, y más avaricia tuviera, si hubiera podido adivinar vuestra imposible hermosura, que es tal que, contemplándola, en asombros agonizo, en ansias muero, y en la esperanza me aliento de que tal sea para mi vuestra misericordia que á la ventura de vuestro amor me lleve y en ella me glorifique.

(Continuará)

EL PERRO DE LANAS

I

—¡Pero, hija!...

—¡Pero demonio! ¡No se la puede á V. sufrir! ¡En todo ha de meterse! ¡Todo lo ha de juzgar! ¿Quién le pide á usted su opinion en nada?

—Pero yo, ¿qué he hecho para que te pongas así conmigo?

—Esta noche, con su maldita tos, no me ha dejado V. pegar los ojos. Me levanto, me visto, y lo primero que me encuentro es á V. en la cocina cociendo la flor de malva. ¡Las cinco de la mañana y ya lumbre encendida! ¡Como usted no lo ha de pagar, tira de largo que es un gusto!

—Pero, hija, si estoy enferma, ¿qué voy á hacerle?

—Morirse; á su edad de V. ¿para qué se sirve en el mundo? ¡De estorbo!

Doña Sagrario, la pobre viejecita, lloraba. No sentía ella los insultos, sino que fuera su hija quien tal dijese.

—¡Quite V. de en medio! ¡Cuándo la perderé de vista! ¡No tendré yo esa fortuna, no! ¡Hasta que no nos entierre usted á todos no se morirá!

—Dios te perdone, mujer, como yo te perdono.

—Y á mí ¿de qué tiene V. que perdonarme? Vamos á ver ¿de qué tiene V. que perdonarme?

—Nada, hija, nada; dispensa si te he ofendido.

—¡Quien tiene que perdonar soy yo, yo, y yo solamente! ¿Estamos? Y quien tiene mucho que agradecerme, pero mucho, remuchísimo, es V., ¿estamos?

—Sí, mujer, sí; todo lo que tú quieras.

—Con lo que me lleva V. comido y bebido, sin servirme para nada, tenía para comprar un palacio.

—Es muy posible, hija, es muy posible.

—Y lo que va V. á hacer ahora mismo, pero ahora mismo, es marcharse de mi casa, ¿estamos?

—Pero, hija...

—No hay hija que valga; ya está V. cogiendo la mantilla y jopo, jopo; ¡no quiero ver á V. más en mi vida! ¡Ea! á la calle, á la calle; á buscar otra tonta que la mantenga.

II

Doña Sagrario se puso la mantilla vertiendo lágrimas como nueces; y arrastrando los piés, atravesó el largo pasillo que conduce á la escalera en donde se sentó gimiendo y llorando.

A sus ahogados sollozos acudió un perrillo faldero que la portera tenía, el que, apoyando sus patas delanteras en el hombro de doña Sagrario, comenzó á gruñir sordamente como si quisiera consolarla.

Era el amigo de sus infortunios; siempre que bajaba ó subía á la habitacion de su hija, acostumbraba la pobre anciana á detenerse unos instantes en la portería, en donde pasaba las horas muertas acariciando á aquel perro.

Este, por su parte, agradecido á tantos halagos, no bien veía á la infeliz señora, íbase tras ella, saltando y corriendo alegremente.

Cuando doña Sagrario sintió al perro, lo atrajo hácia su falda y, estrechándolo contra su pecho, desahogó toda la ternura contenida en su alma besando sus largas y blancas lanas.

Después salieron juntos de la casa y echaron por la calle arriba.

III

—¿Qué se la ha perdido á V. aquí?—la dijo, su otra hija, entreabriendo la puerta de la habitacion.

—Venia...—tartamudeó la vieja, haciendo pucheros.

—A lo de siempre,—repuso Carmen con malos modos y peor gesto todavía;—á vivir á costa del prójimo. Mi hermana y yo estamos ya cansadas de aguantarla á V. Si quiere V. comer, trabaje.

—¡Dios mio!

—Nosotras no pedimos nada á nadie, y lo que tenemos nos hace falta. ¿Usted cree que nos llueve el maná?

—Pero, hija...

—Luisa me dijo ayer que la iba á V. á poner de patitas en la calle; que cada día es V. más impertinente y ocasiona más gastos en la casa, y, como V. comprende, no es cosa de que vayamos nosotras á carecer de todo para que se regale y dé buena vida.

El perro se habia adelantado y olfateaba los piés de Carmen.

—¡Cómo! ¿Tambien me trae V. el perrito? ¡Esto es ya demasiado! ¿Usted ha pensado que mi casa es un arca de Noé? Pues eso sólo me faltaba.

—Pero, hija...

—Vaya, vaya, largo de aquí.

—¿Y dónde quieres que me marche?

—Y á mí ¿qué me importa? Máchese V. al hospital, al Pardo, á cualquiera parte y déjenos V. vivir en paz y en gracia de Dios.

Y pegando un puntapié al perro que fué á dar con su cuerpo en mitad del descansillo de la escalera, Carmen dió á su madre con la puerta en las narices.

Doña Sagrario y el perro bajaron la escalera, y una vez en la calle echaron á andar y anduvieron hasta bien entrada la noche.

IV

Un año más tarde, doña Sagrario se vió de la noche á la mañana poseedora de una gran fortuna que la legaba un hermano de su marido, muerto por aquel entónces en la América del Sur.

Establecióse cómoda y lujosamente en casa propia, adquirió el perro de lanas mediante una crecida limosna que dió á la portera, y sin olvidar á sus hijas, á quienes de vez en cuando ayudaba con algun piquillo no despreciable, hizo grandes obras de caridad, particularmente á los viejos y niños pobres.

Quien más ganó en este cambio fué el perrito de lanas, al cual atendía como á un príncipe, dándole de comer los más exquisitos manjares; cuya conducta criticaban sus hijas y censuraron tambien todos los amigos y conocidos de doña Sagrario, pues, como decian estos y aquellas, «era un cargo de conciencia gastar tanto dinero con un animal, teniendo dos hijas que se habian quitado el pan de la boca para dárselo á su madre, cuando ésta no tenia más que achaques y miseria.»

La anciana oía estas y otras versiones semejantes como quien oye llover, y abrazándose á su perrito exclamaba alegremente:

—No hagas caso, monin, no hagas caso de lo que digan. Esas gentes han perdido la memoria; ¡si ellas supieran lo que tú y yo sabemos! ¡si hubieran sufrido lo que tú y yo nos llamamos!...

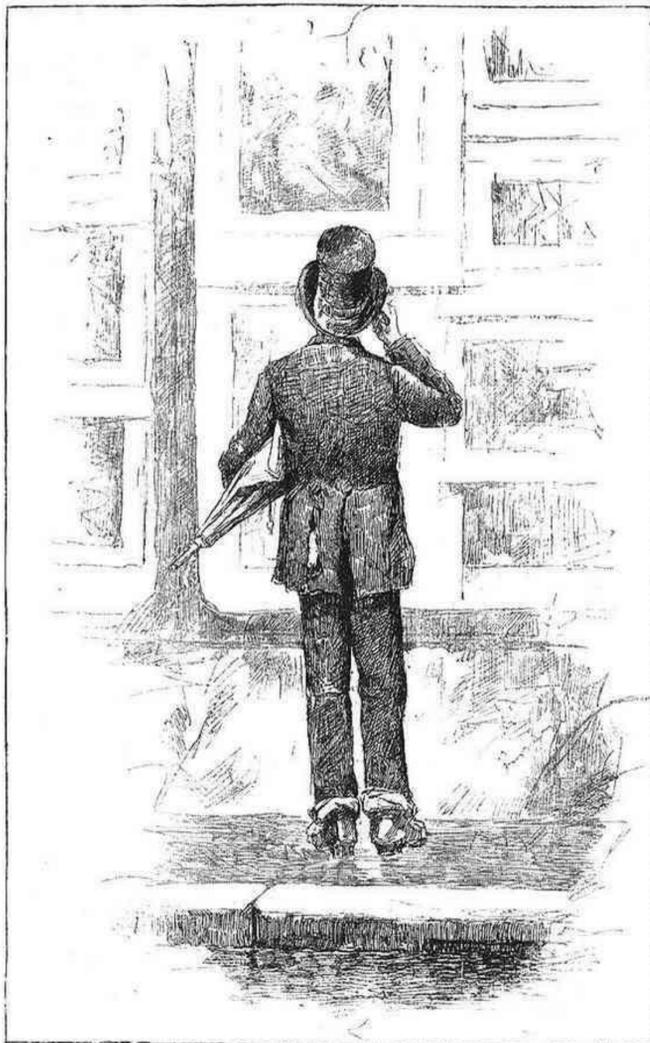
V

Una noche del verano de 1865, cuando el cólera hacia más estragos en la ciudad, doña Sagrario pasó aviso á sus

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



¿SALDRÁ? pintura al óleo por F. Galofre Oller



AMATEUR, pintura al óleo por J. Ferrer Miró

hijas diciéndolas que fueran á verla á todo escape, porque se sentía morir.

Luisa y Carmen llegaron en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Mamá!

—¡Madre mía!

—¿Qué sientes?

—¿Qué te pasa?

—No os asustéis, hijas, no os asustéis; me siento enferma, muy enferma. ¡Yo creo que tengo el cólera!

Las dos hermanas retrocedieron asustadas... del contagio; despues se miraron una á otra y sus ojos brillaron llenos de esperanza y de codicia.

—Ya soy vieja; he vivido bastante; si Dios dispone de mí, cúmplase su santa voluntad; estoy dispuesta á todo.

Presa de intensísimos dolores, doña Sagrario añadió despues de largo silencio:

—Pero ¿qué hacéis? Avisad á un médico. Me voy á morir; sufro mucho. Andad, hijas mías, andad; que venga un médico. Si está de Dios que he de morirme, que sea con los ménos dolores posibles. Un médico, un médico; pronto, que me muero.

Carmen y Luisa salieron precipitadas, y de allá á una hora, despues de acostar á doña Sagrario, llegó un caballero á quien las dos hermanas llevaron al lado de la enferma.

—Y bien señora...

—Estoy muy mala.

—Lo supongo.

—El dolor se me ha fijado en este sitio.

—Pero...

—He tenido unas angustias que me ahogaban.

—Pero el tiempo corre...

—Es verdad, es verdad; reconózcame V.; el dolor me coge todo este costado. ¿Cree V. que será grave?

El desconocido extendió sobre la mesa unos papeles, pidió tintero y pluma, y cuando se lo hubieron dado, exclamó, volviendo la cabeza á la enferma:

—Usted dirá.

—Pues, ya le he dicho á V. que el dolor...

—No es eso lo que pregunto.

—Entónces...

—¿A cuánto sube su fortuna de V., y quiénes son los herederos?

—Pero ¿qué está V. hablando? Yo le he llamado á V. para...

—Hacer el testamento.

—¡Caballero! Yo le he llamado á V. para que me cure.

—Yo no soy médico, señora.

—¡Cómo!

—Soy el escribano á quien sus hijas de V. han ido á avisar con objeto de que me dicte sus últimas disposiciones.

—Luisa, Carmen.

—¡Mamá!

—¡Madre mía!

—¿No habeis avisado al médico?

—Sí, hemos hablado con él y nos ha dicho que hicieras testamento.

Doña Sagrario volvió á quedarse sola con el escribano,

y exigiendo á éste la más absoluta reserva cumplió los deseos de sus dos hijas, y al dia siguiente murió estrechando entre sus brazos al pobre perro de lanas, único compañero en sus desgracias que no la abandonó ni un momento durante su corta y terrible enfermedad.

VI

El dia que murió doña Sagrario, Luisa y Carmen dieron contra el pobre perro de lanas, en quien vengaron á su sabor todo el odio que le tenían por las preferencias que habia merecido.

Cuando al dia siguiente por la tarde llegó el escribano preguntó á las dos hermanas:

—¿Y el perro?

—Lo hemos arrojado á la calle.

—Si Vds. quieren, podemos ahora mismo dar lectura del testamento de su señora madre.

—Al momento.

La alegría inundó con vivísimos resplandores los rostros de Carmen y de Luisa; se sentaron, el escribano desdobló sus papeles y comenzó á leer.

¡El caso no podía ser más chistoso!

Doña Sagrario habia nombrado albacea y depositario de toda su fortuna al escribano mismo, quien era el encargado de entregar las rentas de sus bienes á Carmen y Luisa hasta la muerte ó desaparicion del perro de lanas, pasando despues dichas rentas y bienes, segun la voluntad del hermano de su marido y la suya propia, á poder de la Inclusa y el Hospital de la poblacion, entre los cuales se dividirían en partes iguales.

¡Aquí fué Troya!

El escribano tomó la palabra.

—Acompañan las señas del perro, el cual, segun declaracion hecha por Vds. mismas, ha sido arrojado de la casa; y cumpliendo en un todo la voluntad de la difunta, haré entrega de sus rentas y bienes al Hospital y la Inclusa, á quienes por derecho les corresponde.

—Permítame V., señor escribano...

—Usted me manda.

—Dijimos á V. que habíamos arrojado á la calle al pobre animalito y no es verdad. Desconsoladas por la muerte de nuestra querida madre, que en gloria esté, no hemos puesto cuidado á cosa alguna de la casa, y en este desbarajuste, muy propio en tales desgracias, el perro ha desaparecido. Nosotras lo buscaremos, y, una vez que se halle en nuestro poder, avisaremos al señor escribano con objeto de que se cumpla en un todo la última voluntad de la testadora.

—Señoras, pueden Vds. señalarse el plazo que estimen más conveniente.

Ocho dias.

No fué menester tantos: al siguiente, sobre el sepulcro de doña Sagrario, hallaron Luisa y Carmen al pobre perro de lanas.

¡Estaba muerto!

JUAN MARTINEZ

LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS

II

Leyes de la sensibilidad

Semeja la sensibilidad humana con su perenne persistencia y su movilidad continua el oleaje del mar.

Ya lo presentia el gran Shakespeare, al personificarla en la mujer, diciendo de ella que es «pérfida como la ola.»

Como la ola lleva la sensibilidad su impulso funcional cual hábito inextinguible más allá del límite que le señala su propia naturaleza.

Ni la tranquilidad aparente del mar es más que un movimiento interno é inacabable, ni el simulado hastío del sér sensible es más que un compas de espera para tomar aliento y adquirir mayores bríos.

El peligro que ofrece la vecindad del mar, cuyas olas se estrellan contra la playa y más allá arrojan arenas, guijos y toda clase de objetos cual si indicaran ser «fuerza sujeta, pero no vencida» es algo parecido al riesgo que se corre con el despertar de los afectos, sobre todo en la pubertad, de donde procede la conocida frase de que no es prudente «jugar con el fuego de las pasiones.»

¿No será empeño loco poner límites al mar y señalar leyes á la sensibilidad, cuando se observa que la fuerza expansiva de ambos se dilata más y más, á medida que se los comprime?

No pone límites, pero los salva el hábil piloto, estudiando los movimientos del mar que, en medio de su aparente irregularidad, guardan el ritmo que expresa todo el mundo, cuando se afirma «que despues de la tempestad viene la calma» *Post nubila phæbus*.

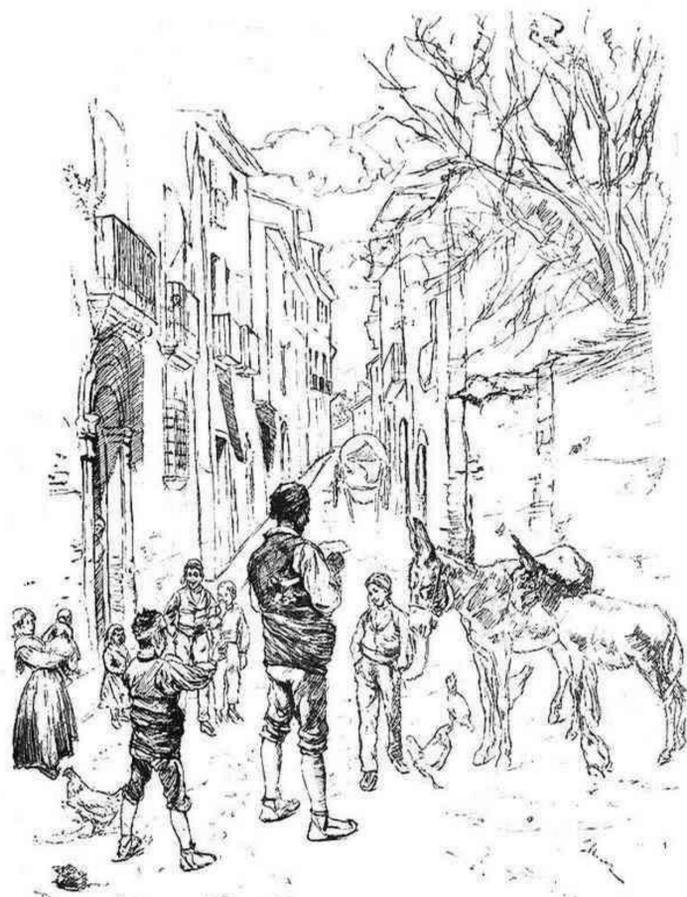
Algo semejante conviene hacer respecto á la sensibilidad, vigilando el despertar de las emociones, la fuerza expansiva de su desarrollo y la dilatacion, en que se diluye.

De esta dilatacion de la sensibilidad ofrece el corazon humano ejemplos constantes y continuos, empleando todo género de recursos y ampliando indefinidamente los límites del organismo sensible. Ni le basta al sér sensible avaro de sí y de lo que le rodea, el telescopio, el microscopio, el teléfono y el micrófono; ni satisface su insaciable ambicion esparcir y dilatar su fuerza nerviosa, sino que anhela llegar á un estado tetánico de la sensibilidad, rindiéndose y agotando su energía para emplearla en nueva direccion.

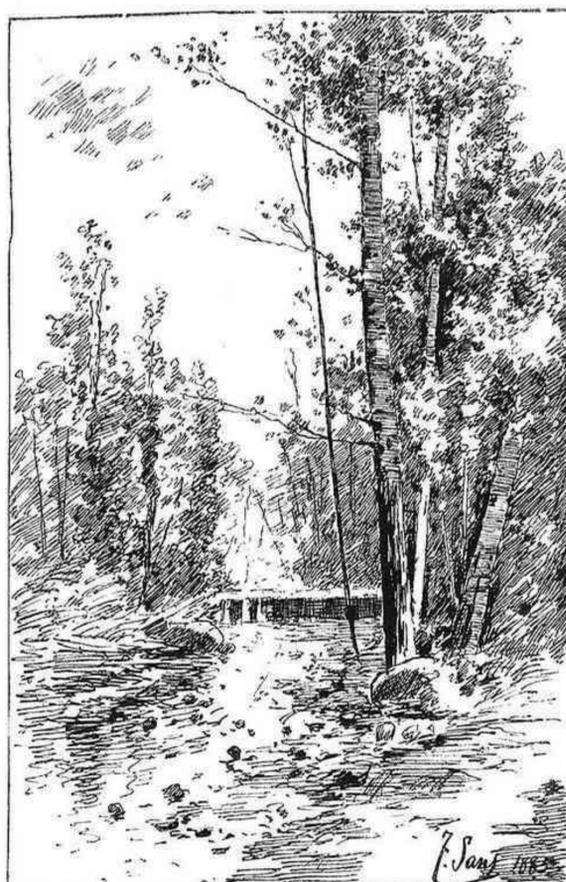
Los instrumentos musicales son (ya lo reconoce y prueba ingeniosamente Spencer) prolongacion indefinida de la sensibilidad humana.

De las relaciones misteriosas que se establecen entre el músico y su instrumento por medio de una inspiracion continuada han tomado asunto E. Poe, Balzac y otros para escribir algunos de sus más preciosos cuentos. Sin llegar al mundo de la ficcion, se sabe de algunos actores que se identifican con su papel hasta el extremo de que les causa la representacion fiebre, y de algunos violinistas, que ejecutan trozos de música á costa de una exacerbacion, que concluye merced á una sangría.

Centro de acuarelistas.—Exposicion de 1885



D'ORDRE DEL SENYOR ALCALDE, pintura al óleo por J. L. Pellicer



PAISAJE, pintura al óleo por T. Sans

Agota el hombre las fuerzas de su organismo en la sensibilidad y ahito y fatigado, sin darse por rendido, aún grita con la bellísima dolora de Campoamor «más, más...»

Sin limitar la observación a la sensibilidad diferenciada en aparatos especiales (los sentidos del cuerpo), pueden todavía citarse ejemplos bien significativos de esta persistencia funcional en fenómenos, cuya aparición, supliendo la falta del órgano, no es susceptible de ser referida a recuerdo ó repetición de actos anteriores.

Bien explícito es el célebre caso de Laura Bridgman, sordo-muda y ciega, á quien sorprendían siempre los que cuidaban de su imperfecta educación en especie de coloquio íntimo, que seguía á solas, poniendo respectiva y recíprocamente sus manos derecha é izquierda sobre sus rodillas cual si la impresión producida por la primera fuera contestada por la que causaba la segunda. Excede y sale de sí el impulso de la energía funcional en L. Bridgman, y aunque carece de órganos diferenciados para manifestar su sensibilidad, subsiste ésta, se sobrepone á las imperfecciones del organismo y suple la ausencia de los aparatos.

Asentando su raíz en la más honda aún de la vida, la sensibilidad es como ella; se agota, pero no se extingue. De igual modo que la vida se nutre de los elementos que le ofrece la muerte mediante su doble función de integrar y desintegrar, la sensibilidad, cual el fénix renace de sus propias cenizas, y agotada en una dirección, se anima y revive en otra, sin que deje de manifestarse nunca mientras persiste la vida. De aquí resulta ley fundamental de la sensibilidad la que es característica propia del sér vivo, es decir, el cambio y el movimiento.

Ha de seguir por lo mismo el sér sensible la ley constante del cambio sucesivo ó evolutivo, contraria á la rutinaria uniformidad de lo inorgánico é inerte.

«Diversidad y cambio es mi divisa» decía Lafontaine, pues tal es también la enseñanza de nuestra sensibilidad. A tal punto es cierta semejante ley que como ya hacen notar Hobbes y Bain «sentir siempre una misma cosa equivale á no sentir,» y Spencer declara que «una conciencia uniforme equivale á la falta total de conciencia.»

El relojero que trabaja en su taller sin notar el tic-tac acompasado de los relojes que tiene en marcha, notando sólo el cambio que ocurre ante la detención repentina, efecto de una trepidación ó de otra causa, de varios ó todos los relojes, el hombre que, concentrado en sí, mira y no ve, á no ser que acontezca algún cambio rápido dentro del horizonte sensible, y el molinero que duerme á pierna suelta en medio del ruido infernal que produce el movimiento de la piedra del molino y que despierta sobresaltado, cuando se produce (por la detención del molino) un silencio por él percibido cual denotación que le interrumpiera el sueño, ofrecen otras tantas pruebas, entre muchas más que pudieran citarse, de la impresión que afecta al sér sensible ante excitantes nuevos, quedan-

do por el contrario apaciguada y hasta dormida su emocionabilidad, cuando persisten los antiguos estímulos y no se presentan otros distintos.

Ante la uniformidad monótona y constante de lo que nos rodea, sin ningún excitante nuevo, la sensibilidad se concentra en sí misma, dominada por una especie de *autofagismo*, se entrega á emociones íntimas, que halla almacenadas en su interior, tal vez como residuo de impresiones anteriores.

La concentración, la *reverie*, algo con apariencias de paradójico y contradictorio, sentir todo y nada, el delirio, el éxtasis del genio, el arrobamiento del místico, el aislamiento de la Pitonisa inspirada, el misterio de la diosa Isis, la penumbra al exterior, el reverberar de la luz interna constituyen otros tantos estados, en los cuales el sér sensible, absorto ante una realidad íntima que concibe y



EN EL DESCANSO, acuarela por L. Obon

no se explica, que le emociona y no palpa, se encuentra solo en medio de la multitud.

La tristeza que nos domina en una fiesta ruidosa, el *Spleen* que nos avasalla en medio de la alegría general, la nostalgia que nos posee cuando menospreciamos los goces del mundo, la aparente indiferencia ante lo que nos rodea, señales son bien claras de que nuestra energía emocional se concentra en sí, porque no halla estímulos exteriores que la exciten, y sin sentir nada, siente todo con una inmensa pesadumbre.

Cuando invade al sér sensible la uniformidad invariable de lo exterior, cuando le asfixia la ausencia del

cambio en el estímulo que ha de excitar la emoción, se concentra en sí; porque no puede la sensibilidad faltar á otra de sus leyes, que es la del equilibrio con el estado del organismo sensible y con las influencias del medio natural y social.

Puede en tal acepción compararse nuestra energía sensible con la elasticidad de una cuerda.

Cuando se extiende en términos regulares, suena y vibra y sentimos placer; pero si se agita la cuerda de una manera brusca, disuena, desentona y aún salta hecha pedazos, sintiendo en tal caso dolor y marchando precipitadamente á la interrupción ó destrucción de nuestra sensibilidad (anestesia).

Ley es esta presentada por la sagacidad penetrante de Aristóteles con su pensamiento del *avea mediocritas*. Tomada esta idea de la enseñanza socrática acerca de la igualdad de ánimo (ó ecuanimidad) sirvió después de germen para la exaltación de la persona humana y de su libertad, llevada á cabo por el Estoicismo clásico en la esfera de la Moral.

Importante por demás es la eficacia de esta ley en la esfera de la *sensibilidad moral*, que gravita, lo mismo en el mal que en el bien, hácia el equilibrio como los cuerpos al centro de la tierra.

Así se observa que el remordimiento ante una mala acción es vivo é intenso en los primeros momentos y si continúa la perversion, engendra la fuerza del hábito cierto amortiguamiento de la sensibilidad y especie de sordera temporal de la conciencia (el corazón que cria callos, el criminal empedernido, etc).

Se funda por lo mismo la educación moral en la adquisición de los hábitos, cuya dificultad principal reside en los comienzos. *Principiis obsta*, «atiende á los comienzos» enseña la Moral, puesto que vencidas las dificultades de los primeros impulsos, la reincidencia adquiere probalidades á su favor.

Tan arraigada se halla esta ley del equilibrio en nuestra sensibilidad que lo mismo se realiza en su cantidad ó extensión, afirmando ser «los extremos viciosos» que se traduce en su cualidad, ya que se observa que el exceso del placer produce dolor y vice-versa.

Profunda es y de una aplicación exactísima á lo que indicamos la advertencia de Proudhon, cuando insiste en que al placer más intenso y más vivo entre los corporales sucede una honda tristeza. Recuerda para ello máxima ya muy antigua, diciendo: *animalia post coitum tristia*.

Ni cuantativa, ni cualitativa debe exceder la sensibilidad esta ley de su equilibrio. De modo que del ritmo que late en el fondo de la vida afectiva, surge la comprobación de aquella sana enseñanza moral, expresada en la fórmula: *substine et abstine*.

U. GONZALEZ SERRANO

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON